

## LA PROPAGANDA FRANCESA SOBRE LA INTERVENCIÓN EN ESPAÑA EN 1808

Jean René AYMES<sup>1</sup>

COMO lo advierte, con una severidad justificada, André Cabanis, buen conocedor de los periódicos franceses del «Consulado» y del «Imperio», la prensa de aquel tiempo merece ser estudiada por motivo y a través de su mismo envilecimiento.<sup>2</sup> La prensa parisina, a cuyo examen me ceñiré descartando la indigente prensa provincial superviviente, se limita en 1807-1808 a dos diarios predominantes (el *Journal de l'Empire* y la *Gazette Nationale ou Le Moniteur Universel*), y a otros pocos diarios que, salvo excepciones, casi no se desmarcan de los anteriores: se trata esencialmente del *Journal de Paris* y de *Le Publiciste*. Recordemos de paso que en 1800 la prensa parisina contaba setenta y cinco diarios políticos, no incluidos los periódicos literarios y otros.

Habla Cabanis: «...*Los diarios parecen complacerse en el conformismo más estrecho, comulgando en la misma adoración del monarca, repitiendo sus proclamas, insertando artículos tan cortesanos e insulsos que parecen dictados por la administración (...). El tono es neutral, falsamente objetivo. A veces, unos estallidos de patriotismo de encargo no bastan para reactivar*

---

<sup>1</sup> Profesor de la Universidad de La Sorbona, París.

<sup>2</sup> CABANIS, André: *La presse sous le Consulat et l'Empire (1799-1814)*. Société des Etudes Robespierriennes, París, 1975, p.1. Cuando preparé y redacté este texto en París, no había conseguido consultar el excelente estudio que se superpone parcialmente al mío: SOLANO RODRÍGUEZ, Remedios: «La Guerra de la Independencia española a través de *Le Moniteur Universel* (1808-1814)», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Epoque Contemporaine, Madrid, 1995, t.XXXI (3), pp.55-75.

*el interés. Los contemporáneos sólo parecen aficionarse verdaderamente a la crítica literaria y teatral...».*

Las diferencias de contenido —es inútil soñar con diferencias de enfoque— son tan escasas entre los diarios tolerados y controlados por el poder central que bastaría con examinar únicamente el *Moniteur Universel*. Comenta Cabanis: «...*El diario oficial dispone regularmente de los informadores, si no más sinceros, por lo menos más competentes que se puedan esperar. A él el gobierno da parte prioritariamente de los actos oficiales, de los «Boletines del Gran Ejército», de los extractos de correspondencia pública y privada dignos de ser publicados. Las noticias del extranjero son transmitidas por el Gabinete del Emperador o por el Ministro de Asuntos Exteriores. Éste ha sido encargado de mandar redactar los análisis de política extranjera, primero de manera personal a partir de 1806, luego oficialmente a través de un decreto promulgado a finales de 1810...».*<sup>3</sup>

En cuanto a los sucesos exclusivamente militares, la mayor impresión (engañosa) de veracidad procede de los conocidos «Boletines» de tal o cual ejército imperial, por ejemplo los *Boletines del Gran Ejército de España* cuando Napoleón lo encabezó en persona a finales de 1808.<sup>4</sup> Pero huelga añadir que la objetividad está distorsionada, en cualquier relato de batalla campal o de pequeño enfrentamiento, por la sistemática hipertrofia en la evaluación cuantitativa de las bajas enemigas, la reducción del número de muertos y heridos del lado francés y el énfasis puesto en el heroísmo de los jefes. En el caso de la guerra de España, la prensa parisina utiliza también las «noticias de Inglaterra», fingidamente sacadas de diarios londinenses que, en contra de lo que cabía imaginar, ofrecen una visión de los hechos, no antinómica con la francesa, sino más bien complementaria o coincidente.

Y cuando el texto presentado como traducido del inglés trae noticias alarmantes o molestas, los periodistas franceses elaboran notas a pie de página que corrigen la versión inglesa y reintroducen la ritual afirmación de que los ingleses engañan o se equivocan.

Naturalmente, cuando el diario enemigo anuncia una derrota de las tropas de S. M. Británica, no se adultera el anuncio. Con la misma naturalidad, no se transcriben los artículos ingleses cuando celebran los descala-

<sup>3</sup> CABANIS, 1975, p.105.

<sup>4</sup> Esos boletines se publican en seguida en el *Recueil des bulletins de l'Armée d'Espagne, extrait du Journal Officiel*. De l'imprimerie de H.Agasse, A París, 1808. En realidad, además de los boletines, vienen también documentos diversos, como cartas interceptadas, el discurso del alcalde mayor de Valladolid, un extracto de la *Gaceta de Madrid* (afrancesada) y el extensísimo relato de los ataques del «Corps Impérial du Génie» en el sitio de Zaragoza.

bros sufridos por los franceses. Se enfatizan o se inventan las críticas dirigidas por unos ingleses anónimos a las autoridades londinenses o a los responsables militares que actúan en la península; se apuntan entonces sus errores, impericia, ineficacia o lentitud. Calificaré de clásico, obvio y previsible ese procedimiento que consiste en valerse de la afirmación del adversario (el inglés), en principio indeseable y dañina, para hacer que cambie de signo y redunde en beneficio de los que la tergiversan (los franceses).

Me parece más ingenioso otro procedimiento, poco corriente, que consiste en convertir al (supuesto) informador inglés en anunciador de noticias difíciles de poner en boca de un responsable militar francés, o demasiado prematuras para que ya se puedan oficializar. Pondré el ejemplo de la incipiente invasión de España en el otoño de 1807: en el *Journal de l'Empire* del 3 de noviembre, según una noticia procedente de Bayona (25 de octubre), se lee, en conformidad con lo que se iba anunciando desde hacía algún tiempo, que las tropas francesas atraviesan Vizcaya y parte de Castilla la Vieja, rumbo a Portugal; pero, el mismo día, se acude al subterfugio de las «Cartas Particulares» para desvelar que «... *el general Junot dirigirá su marcha hacia Madrid...*»; a partir de entonces, la capital española puede dejar de considerarse como una mera etapa en la ruta de Lisboa; diez días después, el redactor echa mano de otro ardid: el de las «Noticias de Londres» (3 de noviembre) para anunciar de refilón que las tropas napoleónicas, como cambiando de meta y confiriendo otra enorme dimensión a su penetración en la península, preparan la invasión de la misma, sin contentarse con arrojar a los ingleses de Portugal; de paso, se propone una justificación de la intervención, aduciendo el conocido argumento anti-inglés de índole económico-comercial; de esa forma paradójica, es *The Observer* el que participa a los lectores franceses la inminente invasión francesa –victoriosa, no cabe ninguna duda– de toda la península: «...*Las tropas francesas se disponen a ocupar todas las costas de España y Portugal. Será otro golpe dado a nuestro comercio a pesar del estado de guerra, pues hemos conservado algunos vínculos con España; pero, con toda seguridad, las medidas de exclusión acordadas contra nosotros por el emperador tendrán todos sus efectos cuando su cumplimiento esté a cargo de los soldados franceses...*».

Otras fuentes de información, en principio más fidedignas que la prensa londinense, a las que acuden el *Moniteur Universel* y el *Journal de l'Empire*, son las pocas gacetas provinciales que a duras penas sobreviven y que, cuando tienen su sede no lejos de la frontera española (Bayona, Mont-de-Marsan), pueden recoger datos fragmentarios o rumores locales,

a veces no carentes de interés. Es así cómo el *Journal de l'Empire* del 25 de septiembre, fundándose en el *Journal des Landes* (*Diario de las Landas*), anuncia que «...el ejército de observación, reunido en Bayona, se ha puesto en marcha hacia Portugal...». En varias ocasiones, para no dar precipitadamente un carácter oficial o incontrovertible a unas noticias tal vez importantes, los directores de la prensa parisina recurren a otro expediente aún más fácil de manejar que la prensa inglesa o la provincial francesa: son las *Cartas* (sin más precisión) o las *Cartas Particulares*, destinadas, según el caso, a reflejar por extrapolación la opinión pública o a propiciar unas (supuestas) revelaciones más simbólicas que sustanciales. Esas cartas, siempre apócrifas naturalmente, pertenecen a dos clases, con una posible ordenación en el tiempo: hacia finales de 1808 se utilizan como *Lettres interceptées* (cartas interceptadas), o sea escritas por españoles «rebeldes», y se ofrecen en forma de breves extractos idealmente coincidentes en la enfatización del (supuesto) desaliento que afecta a esos rebeldes, y en la confirmación de que los soldados imperiales llevan las de ganar. Pero ya antes, en la primavera de 1808, se publicaron unas cartas apócrifas, como esa *Carta de un oficial jubilado a sus antiguos compañeros de armas*, que propone un comentario extenso –y muy interesante para nosotros– del «affaire de l'Escorial» y de los «événements d'Aranjuez». Esas cartas, cuidadosamente elaboradas y matizadas, me dan la impresión de que a veces estamos ante unas exposiciones doctrinales que proceden de las altas esferas del poder; suelen anunciar una inflexión de la política española del emperador, a quien no gusta hacer públicas sus vacilaciones o los cambios de objetivos o de táctica, por mínimos que sean. Parecerá extraño, pues, que el exponente del fluctuante juego diplomático de Napoleón sea un anónimo y humilde (y probablemente imaginario) militar español retirado...

Sin que sea determinante la diversidad de los soportes de comunicación periodística utilizados (*Boletines del Ejército*, *Noticias de Inglaterra*, *Cartas Particulares*, etc.), la información dista mucho de ser homogénea y racionalizada, ya que, más de una vez, la noticia proporcionada le resultaría incomprensible al lector por falta de aclaraciones o de concatenación con noticias anteriores. Por ejemplo, leyendo los *Moniteur Universel* de octubre de 1807, ¿quién habrá entendido por qué «...el regimiento de Lusitania vuelve a España...» o por qué «...pasa por Pamplona el ejército francés que se encamina hacia Portugal...», dado que la capital navarra no está en el itinerario normal entre Bayona y Lisboa? Sólo años más tarde los lectores franceses se enterarán de que la guarnición fue ocupada por sorpresa por los soldados napoleónicos.

*La imagen de España*

Merecedora de un estudio sistematizado, se advierte una concomitancia, lógica y previsible, entre las sucesivas campañas militares de Napoleón por Europa y la publicación de obras referidas a los distintos países invadidos, como si a la minoría del público francés culto le interesara conocer mejor la geografía, la historia y el perfil de las poblaciones de esas regiones que una tras otra irrumpen en la actualidad y la ocupan durante varios años. El caso de España no es nada particular sabiendo cómo a partir de los últimos años del siglo XVIII la prensa fue dando cuenta de la publicación de libros referidos a Italia, Egipto, Alemania, etc.

Pero, en contra de lo que podría suponerse recordando la influyente y generalmente despectiva literatura dieciochesca sobre España, así como la proximidad cronológica de la «Guerra Gran» (1793-1795), la imagen de España y de los españoles resulta ser global y sorprendentemente favorable al país vecino en 1807. En febrero, cuando Gaillard publica su *Histoire de la rivalité de la France et de l'Espagne*, el comentarista del *Moniteur Universel* estima que esa rivalidad sólo vale para un pasado remoto; efectivamente, los extractos del libro desmienten la realidad de una rivalidad duradera, irremediable, congénita y despiadada. En marzo, el *Journal de l'Empire* alaba los *Aperçus sur la Biscaye (...)* de Marcillac, quien se había dado a conocer por sus exaltadas convicciones antirrepublicanas y antirrevolucionarias;<sup>5</sup> el autor que, enemistado con la «Convención», justifica la declaración de guerra dirigida por Carlos IV a los revolucionarios galos después de la ejecución de Luis XVI, arremete contra sus compatriotas escritores que mantienen una visión peyorativa de España, cuyos habitantes se hacen acreedores a la admiración por su nobleza, legítimo orgullo, sentido de la hospitalidad y apego a los fueros; Carlos IV parece a la altura de tan irreprochables súbditos; los acontecimientos posteriores conferirán un inesperado interés al párrafo dedicado a la guerrilla popular (no se emplea el término) fomentada por los vizcaínos y los navarros contra los soldados de la Convención: «...*En el valle del Baztán se armaron incluso las mujeres, y el patriotismo les convirtió, acto seguido, en soldados. Unos bandoleros que habían acudido desde la Sierra Morena bajo el mando de Ubidar (?), su jefe, renunciaron a su vil oficio y, gracias a su bizarría, borraron el opro-*

---

<sup>5</sup> En su número del 3 de noviembre de 1808, el *Journal de Paris* anuncia la publicación de la *Histoire de la guerre entre la France et l'Espagne, pendant les années 1793, 1794, 1795, par Louis de Marcillac*. El anuncio viene acompañado del comentario siguiente: «...*Esta podía salir a la luz en un momento más propicio...*».

*bio de su existencia anterior (...). Los soldados franceses necesitaron toda su energía para mantener a raya a unos adversarios tan intrépidos...».*

Toda la problemática de la guerrilla anti-napoleónica se inscribe en las líneas anteriores: el apoyo prestado por la población, incluida la femenina; la incorporación de los bandoleros y otros forajidos; la terrible eficacia de su actuación y, en épocas posteriores, la legitimación valoradora de la misma. A partir de junio de 1807, pasa a ocupar un puesto destacado en esa vindicación o celebración de España la obra, efectivamente rica y novedosa, de Alexandre de Laborde, el *Voyage pittoresque en Espagne (...)*, que a lo largo de 1808 inspira opiniones sumamente lisonjeras, lo que no supone el abandono de todos los estereotipos imborrables, como la hiperbólica «orientalización» de la España meridional, fascinante y en absoluto repulsiva o insulsa.

En el otoño de 1807, coincidiendo con la revelación en la prensa del embrollo del proceso de El Escorial, se publican un libro y un mapa de España, país presente en adelante en el universo mental de los lectores. En su *Voyage dans les îles Baléares et Pithiuses*, André Grasset de Saint-Sauveur pone de relieve –como advierte el autor de la reseña (*Moniteur Universel* del 18 de noviembre), el conocido geógrafo Pouchet– la importancia del archipiélago; el autor estima que la industria, el comercio y «...las artes de la civilización...» necesitan ser «...dirigidos y alentados...» por algún político ilustrado que se pusiera al servicio de esa obra regeneradora: pasará poco tiempo antes de que Napoleón se atribuya ese noble y generoso papel de regenerador de España...

Al año 1808 no corresponde ningún libro importante y fundamentalmente nuevo sobre España, pero sí una cantidad en aumento de datos fragmentados y variopintos. Dado que parte del ejército francés está ya en Madrid en abril, los redactores, como si presintieran que allí iba a desenredarse el «imbroglio», utilizan el apartado «Variétés» para dar a conocer, más a fondo que nunca, las señas de identidad de una capital sumamente atractiva con «...el famoso paseo del Prado...», el nuevo museo de artes, el jardín botánico, etc; imposible prever que esa «...muy hermosa ciudad...» y «...lugar apacible para pasar una temporada...» iba a ser, unos días después, el foco de una violenta explosión anti-francesa; en efecto, la descripción tan amena de la ciudad se halla en el *Journal de Paris* del 24 de abril. El 1 de mayo, la descripción de Barcelona es homóloga de la de Madrid en su contenido y su intención idealizadora. Pero la sublevación madrileña del 2 de mayo bastará para que se haga añicos la imagen atractiva de las dos ciudades y del pueblo español, que se había plasmado en los libros de Marcillac, Laborde y Grasset de Saint-Sauveur. Y ese deterioro, rayano en ani-

quilamiento, de la imagen se aplica retrospectivamente a la época del motín de Aranjuez; efectivamente, una carta anónima publicada en el *Le Publiciste* del 12 de mayo nos hace retroceder a los peores momentos del siglo XVIII en que el desprecio hacia lo español y, peor todavía, la hispanofobia habían llevado a proclamar, como ahora en esa primavera de 1808, que el pueblo español se distingue feamente por «...*la presunción y el orgullo...*», «...*los caprichos...*», «...*las pasiones desenfrenadas...*», «...*la sinrazón...*» y «...*la furiosa arrogancia...*». Por más que asegure Murat –como veremos– que al día siguiente del levantamiento de la puerta del Sol del 2 de mayo ha vuelto la perfecta tranquilidad a la capital, se condensa ya –y se fortalecerá luego– la idea de que el pueblo español es más temible que simpático por ser propenso a la agitación, la violencia y los desmanes. Por ese motivo parecen ya desconectadas de la nueva realidad hispánica surgida a raíz de los sucesos de Aranjuez y del 2 de mayo madrileño dos publicaciones: la *Géographie de l'Espagne et du Portugal*, de Langlois (*Moniteur Universel* del 8 de junio), y, bajo la forma de extractos, la reutilización del relato del viaje a España del inglés Townsend (*Moniteur Universel* del 29 de julio), ya que la acuciante actualidad franco-española a partir de la primavera invita a reconsiderar el capital de estima y cariño que se había granjeado el pueblo español en la bisagra de los dos siglos (1798-1806). El nuevo enfoque de la sociedad española no es nuevo, sino que reactualiza unos viejos tópicos fuertemente arraigados en el siglo XVIII francés y reanima una hispanofobia latente. Como se interfieren ahora unas preocupaciones político-militares vinculadas con la presencia de las tropas francesas en la península, el enfoque está menos cargado de consideraciones psicológicas y antropológicas, y más nutrido de datos sociológicos relacionados con las estructuras sociales y la cultura colectiva, con la única excepción de los monjes que se singularizan por el intenso odio despreciativo que inspiran a un sector de la población francesa y, en particular, al mismo emperador, al decir de los historiadores. En efecto, el redactor del *12<sup>o</sup> Bulletin de l'Armée d'Espagne* (*Moniteur Universel* del 6 de diciembre) insiste en el contraste entre los monjes franceses, italianos o ingleses, individuos notables por su sabiduría en las ciencias y las letras, y por otro lado sus correligionarios de más allá del Pirineo: «...*Los monjes españoles, por el contrario, proceden de la hez del pueblo, son ignorantes y crapulosos. Sólo se hallaría alguna semejanza con los menestrales empleados en las carnicerías; de ellos tienen la ignorancia, el tono y los modales...*».

Ese veredicto condenatorio anuncia una de las líneas rectoras del análisis de los factores de la resistencia popular española: ésta se considerará inspirada, encabezada y alimentada por esa gentuza ciega y fanática, sin moral

ni dignidad. Pero no se confundirá ese antimonacalismo furibundo con un anticlericalismo globalizador, porque, a los ojos de los lectores de la prensa, el cierre de conventos ordenado por José Napoleón tendrá un feliz contrapunto en el anuncio, pregonado y reiterado, de que se respetará la religión católica. Prueba de ello es que en Valladolid, Burgos..., los mandos del ejército imperial tienen a bien ir a misa, encargar un Te Deum y entrevistarse con los responsables locales de la Iglesia.

El *12° Bulletin...*, tras ensañarse con los monjes, pretende disipar la inquietud despertada por la sublevación del 2 de mayo al aclarar que la resistencia popular no ha sido encabezada por los aristócratas ni protagonizada por unos campesinos dotados de conciencia política. Huelga comentar el extremado desprecio envilecedor, heredado de la época ilustrada, que al redactor del *Bulletin* le merecen unos y otros: «...*En cuanto a los infelices campesinos españoles, sólo se pueden comparar con los «fellahs» de Egipto; no poseen ninguna tierra; todo pertenece, bien a los monjes, bien a alguna familia poderosa (...). Los Grandes han degenerado tanto que carecen de energía, méritos e influencia...*».

En conformidad con lo apuntado antes, en los momentos álgidos en que las autoridades se encuentran en una encrucijada de opciones, la publicación de *Cartas Anónimas* sirve para señalar el nuevo sesgo que podría tener la «...*política española...*», fundada tanto en lejanos antecedentes como en la inmediata actualidad. No es sorprendente, pues, que a los pocos días de conocerse en París el «tumulto» (sic) madrileño del 2 de mayo, el redactor del *Journal de l'Empire* se distancie para contemplar toda la historia de España a partir del reinado de Carlos I; éste inspira una opinión nada lisonjera; en efecto, el único criterio de enjuiciamiento del personaje es –como se puede suponer– su actitud respecto a Inglaterra y a Francia; a «Charles-Quint» se le reprocha el haber procurado extender su territorio europeo en menoscabo del reino galo; y debía de haber entrado en un implacable forcejeo con Inglaterra para dominar el Atlántico; luego, el anónimo español que ofrece sus *Reflexiones sobre Francia y España* no puede sino evocar con una mal disimulada fruición el profundo declive y debilitamiento del reino español bajo los últimos reyes austríacos; con los Borbones, la recuperación del país es innegable, pero –y se llega ahora al punto fundamental– a lo largo del siglo XVIII los monarcas han sido «...*insuficientemente peritos en el arte de gobernar...*»; de ahí se sigue una conclusión implícita y por ahora públicamente inconfesable: la salvación de España ya no puede depender de Carlos IV o de su prole; pero no hay ningún motivo para que las autoridades parisinas se desentiendan de España porque,



frente a la constante y obsesiva amenaza inglesa, importa consolidar la alianza franco-española, considerada –otro leitmotiv– natural, útil e indispensable.

Con esas consideraciones nos acercamos a lo que se podría llamar la rudimentaria geopolítica presentada a los lectores. Consta esencialmente de tres elementos dispuestos según una incommovible jerarquía:

1º: La necesidad de contrarrestar por doquiera el poder y las ambiciones de Inglaterra.

2º: El empeño en estrechar la alianza con España.

3º: El interés por mantener el vínculo entre la metrópoli española y sus territorios de América para sustraerlos a la codicia inglesa.

Se observará que otras posibles justificaciones de la intervención de Napoleón en España se pasan por alto, por ejemplo su deseo de acabar con la dinastía borbónica, de poner o reponer sobre el trono a algún rey o príncipe, de anexionar parte del territorio y de adueñarse de algunas riquezas (metales preciosos, minerales, productos agrícolas españoles o americanos). Ese trasfondo de la política española de Napoleón quedará en el silencio periodístico, por lo menos durante todo el año 8.<sup>6</sup>

Pero una cosa es disimular, inventar y engañar, y otra cosa, aunque complementaria, es dejar transparentar que la ocupación pacífica de España puede ser benéfica económicamente para un sector de la población francesa. En este dominio, el interés se centra en dos clases de productos llamados a penetrar en Francia gracias al apoyo de las autoridades madrileñas. Por un lado –como explica el *Moniteur Universel* del 11 de agosto– son los comerciantes de Bayona los que se van a aprovechar de la introducción, ya autorizada, de azafrán, palo dulce y zumo de regaliz, probablemente traídos por barco de las colonias españolas de América (en el supuesto de que consigan escapar a los navíos ingleses).

Por otro lado, se valora sobremanera la lana, como los historiadores posteriores lo pondrán de relieve, llegando algunos a ver ahí uno de los factores

---

<sup>6</sup> Huelga precisar que uno de los postulados en que se funda el presente trabajo consiste en estimar que se ha de operar una distinción entre la «...*explicación externa*...» –es decir la versión propagandística destinada a la opinión pública– de la intervención en España y la «...*explicación interna*...» de la misma, que remite a las intenciones, claras o difusas, sinuosas o constantes, del emperador. Ese escrutinio es improcedente aquí, aunque nos hubiera permitido calibrar las diferencias entre lo que se publicó y lo que se silenció. Remito a un libro que sigue siendo fundamental y a un artículo penetrante y reciente: FUGIER, André: *Napoléon et l'Espagne, 1799-1808*. Librairie Félix Alcan, París, 1930, 2 vol. ROURA I ALULINAS, Lluís: «Un estado muerto, pero una sociedad llena de vida – Napoleón y la diversidad española», en *La Revolución liberal*, Congreso sobre la revolución liberal española en su diversidad peninsular (e insular) y americana, Madrid, abril de 1999), Alberto Gil Novales ed., Ediciones del Orto, Madrid, 2001, pp.13-25.

desencadenantes de la invasión de España.<sup>7</sup> Efectivamente, varias veces en 1807 y 1808, el *Moniteur Universel* alude a esa codiciada lana española: el 19 de julio de 1807 se señala el paso por la prefectura de las Landas de «...un rebaño de merinos, sacado con el mayor cuidado de las cabañas del Príncipe de la Paz...». A mediados de agosto de 1808, el *Journal de Paris* anuncia que «...el conde de Campo Alange ha ofrecido a S. M. la Emperatriz un rebaño de merinos de los mejores, que S. M. se ha dignado aceptar y que en este momento se encamina hacia la Malmaison conducido por varios pastores españoles. La lana de esas ovejas, conocida bajo el nombre de «cavogne de négrette», ofrece la ventaja de reunir la fuerza, la solidez y la largura...». Por fin, en el 3<sup>er</sup> Bole-tín del Ejército de España (*Moniteur Universel* del 21 de noviembre) se señala un importante hallazgo: «...En Burgos y sus afueras se han encontrado lanas por un valor de treinta millones, que S. M. mandó embargar. Cuantas pertene-cían a monjes o a individuos vinculados con la insurrección serán incautadas para servir de primera indemnización para los franceses que hayan sufrido per-juicios...». Pocos días después, se alude a la venta en pública subasta, en Bur-gos, de veinte mil pacas de esa lana tan cotizada por los franceses. Después del conflicto, varios memorialistas confirmarán que algunos generales procuraron enriquecerse ilícitamente mandando llevar hacia sus propias tierras de Francia rebaños de ovejas pretendidamente cogidos a los rebeldes.

### *Las tropas españolas en el norte de Europa*

A mediados de 1807, para el público francés lector de la prensa oficial, el ejército regular español es, a todas luces, un ejército aliado susceptible de fomentar sentimientos de amistad y de agradecimiento, porque se perfila una activa colaboración en zonas europeas de combate. «...*La primera divi-sión de tropas españolas* –anuncia el *Journal de l'Empire* del 1 de junio– *que han de atravesar el territorio del imperio para alcanzar las orillas del Elba ha llegado a Bayona el 22 de mayo y ha salido el 23 hacia Burdeos, donde ha de llegar el 3 de junio. Su efectivo es de tres mil hombres aproxi-madamente. Las otras divisiones llegarán sucesivamente...*».<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Sobre «el trasiego de lana a Francia», cf. el apartado «La exportación de lanas y ovejas merinas a Francia», en MERCADER RIBA, Juan: *José Bonaparte, rey de España (1808-1813) – Estructura del estado español bonapartista*. C.S.I.C., Madrid, 1983, pp.423-426.

<sup>8</sup> Sobre la estancia de las tropas españolas en la Europa del Norte (Alemania y Dinamarca) y la evasión de los soldados de la Romana, cf. GODECHOT (Coronel): *Les Espagnols du marquis de La Romana*. París, 1924.

A la entrada del otoño, los lectores pueden tener la grata impresión de un armonioso intercambio de servicios: mientras que «...*el ejército (francés) de observación, reunido cerca de Bayona, se ha puesto en marcha hacia Portugal...*», se anuncia que la tropa española, bajo el mando del marqués de la Romana –primera aparición de su nombre–, después de atravesar el territorio francés, efectúa cerca de Hamburgo «...*ejercicios de marchas y maniobras francesas...*», o sea, que se está operando el afrancesamiento de ese ejército español.

Se hará efectivo en septiembre, como anuncia el *Moniteur Universel* del 27 de septiembre, celebrando el heroísmo de los regimientos de Cataluña y de Villaviciosa que se distinguen en el sitio de Stralsund. En noviembre, una noticia procedente de Madrid confirma que el comportamiento de esa tropa da sólo motivos de satisfacción: «...*Un cuerpo de veinte mil hombres de nuestras tropas está en Alemania y todos los informes que se reciben aquí concuerdan en decir que la disciplina exacta que mantienen los españoles hace que sean bienquistos entre los habitantes...*».

Algunos meses después, estas buenas disposiciones hallan una confirmación de carácter político; a finales de julio de 1808, el *Moniteur Universel* anuncia que los oficiales y los soldados de la división acantonada entre Hamburgo y Altona han prestado el juramento de fidelidad a su nuevo rey, José Napoleón.

Sobra decir que, sobre la asombrosa evasión masiva, hacia Inglaterra, del marqués de la Romana y de sus seguidores, la prensa imperial mantendrá un oportuno silencio que sólo se romperá un mes después (*Journal de Paris* del 4 de septiembre) con el relato detallado de la evasión que concierne a una tercera parte de la tropa; no faltará un epílogo en forma de vituperio: «...*La nación danesa ha experimentado indignación ante la traición de las tropas españolas que, bajo el mando del marqués de la Romaine (sic), han entregado la fortaleza de Nyborg a los ingleses y se han embarcado hacia Inglaterra...*».

### *Los sucesos de Portugal*

Al observador de hoy, conocedor de la historia posterior, los sucesos de Portugal del año 7 aparecen, a través de una metáfora teatral, como un estreno exitoso que prefigura la invasión de España: la huida a Brasil de los monarcas portugueses deja despejado el escenario para los franceses; la ocupación de Lisboa por Junot prepara la sumisión de todo el país; el «partido inglés» será arrollado por el «partido continental», porque obrará la procla-

ma de Junot, tranquilizadora y prometedora de apetecibles ventajas; en efecto, Junot ha venido a Portugal sólo para «...*salvar al país y al príncipe de la influencia de Inglaterra...*» (*Journal de l'Empire* del 16 de diciembre).

A finales de año, consecutivamente a la ocupación de la capital, el autor –como siempre, anónimo– de una *Carta particular* escrita en Lisboa a mediados del mes pretende calibrar la opinión pública portuguesa sin atreverse a mencionar los signos e incluso las visibles manifestaciones de inquietud o de descontento; según él, la mayoría de los habitantes sólo manifiestan un gran asombro, como si se prolongara una comprensible perplejidad; pero, acudiendo al argumento que, dentro de unos meses, blandirán en España los responsables napoleónicos, los franceses «...*son llamados por los deseos secretos de la parte honrada e ilustrada...*» de la población. Sobre esa realidad proclamada o, mejor dicho, sobre esa esperanza se funda el pronóstico de que Portugal se someterá, puesto que esos miembros de una minoría inteligente sabrán sacar de la expectativa a sus compatriotas ignorantes.

### *La invasión pacífica de España*

El 17 de octubre de 1807, los lectores del *Journal de l'Empire*, por carecer de información, quedarían sorprendidos al enterarse, a través del *Journal des Landes*, de que un ejército se había puesto en marcha hacia Portugal. Unos días después, se señala la presencia de la tropa de Junot en medio de Castilla, hacia Madrid. Apenas se esboza una explicación: «...*Esa marcha, así como la expedición, es el resultado de un convenio particular concluido entre el Príncipe de la Paz y el embajador francés, M. de Beauharnais...*». De esa forma, escueta y sibilina, el redactor se refiere al tratado recién firmado en Fontainebleau que legitima esa intervención en principio pacífica.

Hasta finales del año 7, los lectores han de persuadirse de que las tropas caminan hacia Portugal superando con brío unas dificultades materiales que en tierras salmantinas les oponen el relieve montañoso y las condiciones climáticas invernales. Los soldados imperiales realizan hazañas dignas de su inmensa fama. Así, a lo largo de veinte marchas seguidas, han salvado diariamente treinta puertos y atravesado otros tantos torrentes, en condiciones de confort pésimas, comiendo castañas y «...*durmiendo sin protección durante las noches frías y lluviosas...*» (*Journal de l'Empire* del 31 de diciembre): varios meses antes de Despeñaperros y de Bailén estamos ya entre epopeya y via crucis...

A partir de febrero de 1808, sin que aparezca claramente que otra meta geográfica (Madrid) ha venido a sumarse a la anterior (Lisboa), al redactor del *Moniteur Universel* le interesa comentar, con énfasis y detalles, que la marcha por España del ejército imperial despierta, como mínimo, curiosidad entre los habitantes, y también satisfacción y alegría comunicativa. No podía ser de otra forma, ya que va caminando una tropa aliada a la que no conviene atribuir intenciones malévolas. Con ese fin, se da la palabra a un vecino de Vitoria: «...*Nuestra ciudad ha dado anteayer (el 28 de enero) una fiesta magnífica al mariscal Moncey, comandante del 3<sup>er</sup> Ejército de Observación. Las damas españolas han asistido a un baile lucido que duró hasta la mañana. Los franceses y los españoles no parecían formar sino una sola y misma nación, cuyas costumbres, usos y sentimientos hacia los augustos monarcas de Francia y España no ofrecían ningún matiz diferenciador...*» (*Moniteur Universel* del 14 de febrero).

Acabamos de alcanzar el punto culminante en el proceso propagandístico de acercamiento de los dos pueblos, no sólo hermanos, sino hermanos gemelos. «...*En Vitoria, en la vanguardia de la colaboración y del afrancesamiento, se sitúa una élite aristocrática y de dinero...*». Como si esa adhesión pareciera demasiado exigua y sectorial, el redactor sugiere, una semana después, que la reacción de simpatía y confianza también concierne al sector popular.

Estamos ahora en Valladolid, durante unas imponentes maniobras militares, «...*en una gran llanura llamada Alto de Sonisidro...*» (sic): «...*Allí se notaba una gran cantidad de pueblo (sic) y de personas, venidas en coches, que se habían desplazado para disfrutar del espectáculo...*» (*Moniteur Universel* del 22 de febrero).

Esa marcha, que de momento se parece a un paseo o una parada, termina en una apoteosis cuando, a finales de marzo, los soldados hacen una entrada solemne y casi triunfal en la capital: «...*El gran duque de Berg, a la cabeza del ejército francés, ha entrado esta mañana en la ciudad. La alegría se leía en todas las caras, y los franceses han sido acogidos con todos los testimonios de la satisfacción...*» (*Moniteur Universel* del 1 de abril). Se volverá una y otra vez sobre lo prometedor y cordial de esa reacción multitudinaria sin que aflore la hipótesis de que no había más que mirones...: «...*Los vecinos de Madrid han visto con sumo placer la entrada en sus muros de los héroes de Eylau, de Dantzic y de Friedland; admiraban la elegancia y brillantez de aquellas tropas...*» (*Moniteur Universel* del 10 de abril).

De momento, la esperanza en una sólida colaboración que a los españoles les inspira ese comportamiento en absoluto hostil de los soldados

franceses se funda en los elementos de apreciación siguientes: el prestigioso ejército francés se porta de manera intachable; se asegura que Napoleón llegará pronto en persona; Murat ha dado órdenes para que los soldados traten a los españoles como amigos; y –detalle nada baladí– Murat ha ido a misa, confirmando así que la religión será respetada por esos franceses no tan irreligiosos y anticlericales como se solía pensar. Pero ese periodo fausto de (aparente) confianza y estima mutua no dura porque, el 13 de abril, o sea, dos semanas antes de la sublevación del 2 de mayo, una doble noticia procedente de Madrid sugiere que han nacido motivos de inquietud para las autoridades francesas. Por cierto, el nuevo rey, José Napoleón, se alegra de la excelente y general acogida de las tropas napoleónicas, pero, por primera vez, lamenta «...*la imprudencia y malevolencia de un pequeño número de individuos que intentan turbar esa buena armonía...*». De esa forma se justifica la orden real del 2 de abril por la que se organizan rondas y patrullas; se prohíbe a los taberneros vender licores fuertes después de las ocho de la noche; se pide a los jefes de talleres que vigilen a sus obreros y aprendices; y se insta a los jefes de familias a que no toleren más que sus hijos y criados se unan a los «...*facciosos...*» y a las «...*reuniones sediciosas...*» (*Moniteur Universel* del 13 de abril). Con esas expresiones quedaría claro para los lectores franceses que se ha roto la armonía entre franceses e indígenas, que ha sido turbada la tranquilidad pública, que las calles se han convertido en espacios de agitación política y que hay núcleos de oponentes a las nuevas autoridades. La ausencia de alusiones a una posible minoría culta agitada confirma la opinión de que la resistencia procede y procederá del sector plebeyo y joven, fácil de manipular. Pero no se sabe todavía quiénes son esos manipuladores de la clase baja del pueblo.

### *El proceso de El Escorial*

Sería absurdo afirmar que «l'affaire de l'Escorial»<sup>9</sup> fue uno de los factores desencadenantes de la invasión de España, pero, así y todo, el acontecimiento desempeñó probablemente un papel nada despreciable. Dicho epi-

---

<sup>9</sup> Cf. la historia interna de «La causa de El Escorial» en IZQUIERDO HERNÁNDEZ, Manuel: *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1963, cap.VIII, pp.225-282. Cf., para conocer el enfoque francés, el apartado «Napoléon et l'affaire de l'Escorial», en FUGIER, 1930, t.II, pp.294-304, así como el apartado «Los planes de Napoleón y la conspiración de El Escorial», en LA PARRA, E.: *Manuel Godoy – La aventura del poder*. «Tiempo de Memoria», Tusquets Editores, Barcelona, 2002, pp.382-397.

sodio empezó a existir en la mente colectiva de los franceses a principios de noviembre de 1807 con el anuncio en el *Journal de l'Empire* de que se acababa de descubrir una conspiración en Madrid y, luego, de que se había detenido al príncipe de Asturias. El *Moniteur Universel* del 16 de noviembre publica «in extenso» la carta escrita por Carlos IV en San Lorenzo, el 30 de octubre, especie de manifiesto dirigido a la nación, en que el rey, con poca dignidad, confiesa públicamente su «pena» y su «disgusto» ante una «inaudita catástrofe», a saber, que su hijo, aconsejado por unos «malvados», había conspirado contra su padre. Con esto, el público francés se percató de la desavenencia que reina en el seno de la familia real y de la alevosía del heredero de la corona.

Aproximadamente medio año después, e interfiriéndose con el anuncio del motín madrileño del 2 de mayo, la publicación, por el *Journal de l'Empire* del 13 de mayo, de una carta apócrifa tiende a demostrar, una vez más, que toda la familia real está definitivamente desprestigiada y que su ineludible sustitución por un monarca de otra rama sería legítima y saludable. La sentencia condenatoria cae al final de la carta: la familia real española «...ha alterado ella misma su derecho a la soberanía, con el agravante de que Carlos, después de dar una mala educación al príncipe heredero, había escogido a un mal ministro...»; o sea que, a aquellas alturas (mediados de mayo de 1808), el redactor del *Journal de l'Empire* y los que se ocultan tras él excluyen la rehabilitación o el nuevo encumbramiento de Manuel Godoy. Carlos IV, que seis meses antes podía haber suscitado la compasión, suscita ahora una reacción de irreversible rechazo. Para Fernando no ha cambiado el enfoque, porque se ha grabado ya en la memoria colectiva francesa la imagen de un hijo escandalosamente rebelado contra su genitor, amén de su imagen también negativa fomentada por el relato de los sucesos de Aranjuez.

### *El motín de Aranjuez*

En contraste con el proceso de El Escorial, cuya evocación en la prensa imperial sólo está destinada a arruinar el prestigio de los reyes de España, ya indignos de conservar el poder, el motín de Aranjuez,<sup>10</sup> que efectivamente es mucho más que una mediocre pelea familiar, le sirve a Napoleón para dar una nueva dirección a su política española hasta entonces indecisa.

---

<sup>10</sup> Sobre el motín y sus consecuencias, IZQUIERDO HERNÁNDEZ, 1963, pp.304-320.

Desde el principio, los redactores de los diarios enfatizan, en lugar de atenuarlo, el carácter inaudito, impresionante y dramático, del tumulto así contado en el *Journal de Paris* del 29 de marzo, o sea, trece días después del «...*motín horrible...*» que ha estallado en las inmediaciones del palacio real: «...*El pueblo se fue masivamente al domicilio del Príncipe de la Paz; su guardia opuso una resistencia; los guardias de Corps hicieron retroceder a la muchedumbre; los campesinos de los alrededores, que llevaban tres días reunidos en el sitio, y los soldados de varios regimientos llamados allí por la corte, se unieron y causaron un tumulto espantoso (...). Al día siguiente, un decreto del rey despoja al almirante de su mando (...). La capital se ha entregado a una alegría inmoderada y los franceses, cuya llegada se anuncia desde esta mañana, serán recibidos con un entusiasmo frenético...*».

La significación que se atribuye al acontecimiento es cuádruple: se sobreentiende que Carlos IV está definitivamente eliminado, sin que ello despierte amargura, alivio o alegría; la impopularidad de Godoy ha alcanzado cuotas altísimas (saqueo en Madrid de las casas de sus parientes, gritos de «¡Muera el príncipe de la Paz!», etc.); se desborda la adoración popular hacia el príncipe de Asturias; por fin, la mediación de los franceses parece deseada, con tal de que –pero la prensa parisina pasa por alto ese punto– los franceses vengan a respaldar el movimiento popular y aprueben la destitución de Godoy y el advenimiento de Fernando. En los últimos días de marzo, cuando en Francia «...*la gente anhela con impaciencia noticias de España...*» (*Journal de Paris*), la prensa proporciona, día tras día, nuevos datos relativos a los sucesos de Aranjuez, añadiendo la transcripción (en el *Journal de Paris* y el *Moniteur Universel*) de «...*piezas originales...*».

Hasta mediados de abril, la situación parece decantarse en un sentido grato para los franceses, puesto que el gran duque de Berg sigue celebrando la armonía entre sus soldados y los madrileños. Por otro lado, se alcanza el punto culminante en la configuración de la imagen restaurada de Fernando entronizado a raíz de los sucesos de Aranjuez. ¿De dónde habrá sacado el redactor del *Journal de Paris* del 13 de abril que «el nuevo rey», empeñado en constituir un ministerio con hombres «recomendables», se prepara a llamar a Floridablanca, a Aranza (por Azanza) y a Jovellanos (para el ministerio de Gracia y Justicia)?

El 16 y el 18 de abril, la «imagen parisina» de Godoy, fraguada en los relatos del motín de Aranjuez, sigue siendo negativa: «...*se ha descubierto en su domicilio una enorme cantidad de dinero y se rumorea que había tratado secretamente con los ingleses para entregarles Ceuta; compraba en vil precio vales reales que luego vendía granjeándose beneficios colosales;*



*también vendía cargos y puestos...» (Journal de Paris del 18 de abril). Pero, de manera incomprensible e inesperada para los lectores franceses, se va incubando una revisión de esa imagen harto peyorativa so color de que –como reza el Journal de Paris del 25 de noviembre– «...la agitación de los partidos (en Madrid) es tal que no sea sorprendente que recibamos de ese país las noticias más contradictorias...». Ese pretexto sirve para preparar un cambio de enfoque, respecto a Godoy, en el transcurso de una escasa semana. El ministro destituido se hace acreedor, si no a un total indulto, por lo menos a una mayor indulgencia fundada en los comentarios siguientes: «...se han exagerado sus malversaciones; no ha acumulado una fortuna exorbitante...»; «...Europa ignora todavía en qué han consistido los crímenes del príncipe de la Paz...»; y «...durante la revolución francesa ha sabido dirigir con firmeza y habilidad la nave del Estado: De todos modos, no se puede juzgar a un ministro como si fuera un simple ciudadano...» (Journal de Paris del 1 de mayo).*

Esa última afirmación anuncia una reinterpretación de los sucesos de Aranjuez, portadora de grandes consecuencias, ya que se trata de nada menos que del reconocimiento, o no, por Napoleón de la legalidad de la abdicación de Carlos IV y de la entronización de Fernando. El 25 de abril, los lectores del *Journal de Paris* se enteran de que la abdicación de Carlos IV fue, tal vez, forzada. El 4 de mayo, la transcripción de la carta de Carlos a Napoleón (Aranjuez, 21 de marzo) viene a dar por cierto que la abdicación se verificó bajo amenazas, en una situación de peligro mortal. Precedía esa carta, como caída del cielo para el emperador, a otra, menos conocida en la historiografía española, que, dos días después, escribió el general de Monthion al gran duque de Berg para confirmar que la revolución de Aranjuez había sido urdida («machinée» en francés), con reparto de dinero, por el príncipe de Asturias, impaciente por reinar, auxiliado por Caballero, ministro de Justicia; según Carlos IV, que sólo estaba empeñado en salvar la vida del príncipe de la Paz, su hijo indigno quería impelerle a que se retirara a Badajoz, tras abdicar.

Con toda probabilidad, las dos cartas de Carlos IV y de Monthion, quizá en unión con otros informes, incitaron a Napoleón a adoptar en Bayona esa interpretación del motín de Aranjuez, dándole pie para negarse a reconocer el advenimiento de Fernando. El *Le Publiciste* del 12 de mayo hace públicas la opinión del emperador y la inmediata inflexión de su «política española», ya fundada sobre los puntos siguientes: por haber tenido que abdicar bajo la coacción, la abdicación de Carlos IV no tiene validez, y él sigue siendo rey; por haber dirigido un infame complot contra su padre, Fernando inspira ya un sentimiento de animadversión y de irreversible descon-

fianza por su alevosía y su supuesta anglofilia, lo que le descalifica para ocupar el trono. Sólo perdura cierta ambigüedad respecto a Godoy: Napoleón evita opinar acerca de la realidad de sus «crímenes», pero parece disponerse a apartarle del poder. Por fin, los sucesos de Aranjuez se reducen ahora al tamaño de un motín en que se manifestó, de manera violenta e irregular, la voluntad de una corta fracción del pueblo, lo que basta para descalificar esa forma de hacerse con el poder.

El 12 de mayo, el *Journal de l'Empire* plantea claramente la disyuntiva: si la abdicación de Carlos IV hubiera sido voluntaria, Napoleón asegura –con buena o mala fe– que hubiera aceptado el advenimiento de Fernando; pero, como ha sido forzada –ese postulado ya no cambiará–, Napoleón no admitirá el triunfo de Fernando, lo que sería saludar la victoria de unos conspiradores en unión con el populacho. La «revolución de España» –expresión que se pide prestada a un periódico inglés– ya no pasará de ser el lamentable resultado de una «sedición»(sic) encabezada por el ominoso príncipe de Asturias.

### *El motín de Toledo*

Situado cronológicamente entre el motín de Aranjuez y la sublevación madrileña del 2 de mayo, el motín de Toledo ocupa en la prensa francesa un espacio dilatado que los historiadores de la guerra de la Independencia suelen regatearle, creando en general la impresión de que entre los últimos días de marzo y los primeros de mayo se extiende un periodo de tranquilidad, como si los españoles se quedaran a la expectativa. En realidad, el conde de Toreno había señalado la existencia de varios alborotos y enfrentamientos entre soldados napoleónicos y paisanos en Carabanchel de Arriba, Aranda, Lerma, Burgos...

Ahora bien, de repente, el *Journal de l'Empire* del 12 de mayo ofrece el relato pormenorizado de los graves incidentes toledanos de los días 21 y 22 de abril, ocultando el motivo desencadenante que aclarará el conde de Toreno: «...*La imprudencia del ayudante general Manuel Tomás, que había sido enviado a Toledo con el objeto de disponer alojamientos para la tropa francesa...*»;<sup>11</sup> o sea, que el historiador español atestigua una reacción colectiva anti-francesa que, a esas alturas, el público francés no puede intuir. Surge otra divergencia de enfoque: mientras que, para Toreno, es «el pueblo»el

<sup>11</sup> TORENO, conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. B. A. E., Madrid, 1953, t.LXIV, p.41.

que se amotina, para el redactor del *Journal de l'Empire* es «el populacho desenfrenado» o «una multitud de gentes del bajo pueblo»; y bien se sabe cómo en la prensa napoleónica de 1808 se suele pintar al populacho español: ignorante, ciego, desenfrenado, fanático. Si el protagonista colectivo del alboroto hubiera sido «el pueblo», su manifestación callejera hubiera merecido alguna respetuosa consideración; pero si sólo irrumpe el populacho, se infringe la legalidad y apunta la anarquía.

Sin que sea posible esbozar todavía una tipología de los motines españoles fomentados por los insurrectos en 1807-1808, ya que —como se ha dicho— el motín de Toledo, a diferencia del de Aranjuez, es el primero de ese tipo a los ojos de los franceses, sí se puede advertir que el lugar de concentración popular y de agitación o, metafóricamente hablando, el foco del incendio es una «...*gran plaza*...» (sic) céntrica (Toreno da el nombre concreto: «el Zocodover»), lo que va a repetirse en Madrid, en la puerta del Sol.

El armamento de los amotinados —punto no tocado por Toreno— está descrito con precisión en el *Journal de l'Empire*, probablemente para poner de relieve su carácter primitivo y escasamente peligroso, porque coexisten el armamento noble (fusiles y sables) y el armamento rudimentario, arcaico, inapropiado y despreciable, típico de los soldados improvisados y de los campesinos lanzados en alguna «jacquerie»: son «...*las picas, palos y ramas de árboles*...».

Un dato, escueto en su forma textual, daría mucho que pensar a un lector francés medianamente capaz de reflexionar: esos energúmenos iban gritando «¡Viva Fernando VII!», lo que señala la popularidad intacta de ese personaje sólo conocido en Francia por su alevosía, su anglofilia y su violación del amor filial.

En ausencia de franceses —militares o residentes en la ciudad— que podían haberse convertido en objetos de repulsión o en rehenes, los personajes que hacen de blanco, según el *Journal de l'Empire*, son el corregidor (Toreno da su nombre: José Joaquín de Santa María), un alcalde ordinario (se trata de Antonio Escolano) y «...*dos de los terratenientes más ricos de la ciudad*...» (uno se llama don Pedro Segundo). O sea, que el *Journal de l'Empire* disimula que esos notables, eminentes por sus cargos o su fortuna, son probablemente, si no colaboradores de los militares franceses, por lo menos personajes dispuestos a tratar con ellos. El motín toledano así presentado viene a ser, a escala local, una pequeña revolución política dirigida contra los que ostentan el poder legal y, al mismo tiempo, una pequeña revolución social dirigida contra los que detentan el mayor poder económico en el espacio rural. En Toledo, el populacho no lleva su furor vengativo hasta el punto de matar a sus dominadores u opresores; tampoco se apodera de sus

bienes, en forma de lógico resarcimiento, pero sí se empeña en destruir objetos simbólicos de la autoridad o de la riqueza de esos compatriotas insuficientemente resueltos a resistir a las demandas intolerables de los franceses, motivación que, naturalmente, el redactor del *Journal de l'Empire* silencia. En cambio, le interesa señalar que los (simpáticos) oponentes al «torrente» (sic) del «populacho desenfrenado» son algunos eclesiásticos y algunos «ciudadanos pacíficos», es decir, unos representantes de la élite ilustrada local. Adviértase de paso que, visto desde París, el clero español, a excepción de los monjes, no parece volcarse todavía del lado de la resistencia anti-francesa. Los franceses siguen contando con su sensatez, su moderación y su mediación.

Ante todos los sucesos de 1807 y 1808, inauditos y difíciles de entender, en las versiones francesas de los mismos nunca se acude a la socorrida y elemental explicación por la «espontaneidad», lo que equivaldría a conceder al pueblo español y, aun peor, a la plebe algún instinto noble o alguna propensión a recibir luminosas inspiraciones. Mientras Toreno prescinde del examen de los posibles preparativos del motín toledano, el redactor del *Journal de l'Empire*, siguiendo la línea propagandística oficial, saca a relucir la actuación, clandestina y tortuosa, de unos «...emisarios procedentes de Madrid...», manipulados –como era de prever– por los ingleses. De ahí una posible contradicción que no pone al redactor en ningún compromiso: ¿Por qué se les ocurriría a los ingleses incitar al populacho a destruir los coches, los muebles y el jardín de unos honrados notables?

Dos días después, el *Journal de l'Empire* evoca de nuevo el motín toledano para anunciar que, gracias a la llegada de las tropas de Dupont, ha vuelto la tranquilidad, poniendo fin a «...las escenas tumultuosas del 21 de abril...». Del comentario que acompaña la celebración de ese feliz desenlace se desprende la importante idea siguiente: bajo el pretexto de rematar la revolución anti-godoyista de Aranjuez, el bajo pueblo de Toledo, al agredir a los encumbrados amigos del ex Príncipe de la Paz, ha desencadenado una guerra social, ya que «...se saquearon las casas de los ricos...».

Se echa mano así del modelo repulsivo de la revolución francesa; no la de los años 1789-1790 con la reunión de la Asamblea Constituyente, sino la de 1793 con el Terror robespierrista, los desmanes callejeros, las matanzas y las escenas espeluznantes: «...Por las calles se han paseado picas y palos; por fin, se han encendido hogueras, levantado cadalsos y pedido la cabeza de los funcionarios fieles...».

Napoleón es el único monarca potente capaz de «...preservar a España del régimen sangriento del terror y de los furores espantosos de la anarquía...». Así se entiende por qué los redactores del *Journal de l'Empire* han

profundizado en el examen de los sucesos de Toledo que, en definitiva, no fueron mortíferos ni trascendentales. Se les quiso conferir el valor ejemplar y disuasorio de una «revolución a la francesa» que afortunadamente se frustró y que no volverá a estallar si los españoles aceptan que «el Gran Hombre» se ponga por medio.

### *El Dos de Mayo madrileño*

Es imposible soslayar las evidencias al advertir que, según se contemplan en 1808 las cosas desde París o desde Madrid, habida cuenta de la tergiversación a que está sometida la presentación de los mismos, cambian sustancialmente la importancia y el significado que les confieren los comentaristas. Acabamos de ver cómo el motín de Toledo llegó a cobrar una importancia inesperada, en primer lugar por entrañar una ejemplaridad negativa y en segundo lugar por dar pie a la conclusión de que sólo el emperador podía impedir el estallido de esa forma de conflagración social.

Con los sucesos madrileños del 2 de mayo las cosas ocurren al revés, en la medida en que los periodistas franceses, siguiendo los pasos de Murat, estiman contraproducente conferir una importancia «mediática» particular al levantamiento, mientras que en el bando contrario los insurrectos pasarán a ocupar rápidamente el rango de heroicos patriotas, de admirables protagonistas de una epopeya entre brillante y luctuosa, posteriormente mitificada. Por ser harto conocidos en sus más ínfimos detalles,<sup>12</sup> prescindiré de la transcripción de los sucesos, tal como se relatan, por primera vez, en el *Moniteur Universel* del 11 de mayo, a partir de una «Crónica de Bayona» que, fechada el 6 de mayo en la ciudad del Adour, llegó aquel día, o sea, a los cuatro días del acontecimiento, y una carta escrita en Madrid, el mismo 2 de mayo, a las siete de la tarde, es decir, antes de que se iniciara la sangrienta represión de los días siguientes. El relato pormenorizado de la insurrección va acompañado de la carta de Carlos IV que pide la inmediata tranquilidad de los espíritus, como lo harán, a la vez, Murat en una proclama transcrita en el *Moniteur Universel* del 14 de mayo y una Junta Suprema

<sup>12</sup> El relato está transcrito en español en DÍAZ PLAJA, Fernando: *Dos de Mayo de 1808*. Espasa, Madrid, 1996, cap. XXI. «La noticia en *Le Moniteur*», pp.161-163, lo había sido anteriormente, así como la carta de Murat a la Junta de Gobierno, en MONTÓN, Juan Carlos: *La revolución armada del dos de mayo en Madrid*. Ediciones Istmo, Madrid, 1983, pp.256-260. Sobre los sucesos (relatos y consecuencias), varias aportaciones novedosas en ENCISO RECIO, Luis Miguel (ed.): *El Dos de Mayo y sus Precedentes (Actas del Congreso Internacional, Madrid, 20-22 de Mayo de 1992)*. Madrid, Capital Europea de la Cultura, 1992.

cuya naturaleza, composición y finalidad quedan sin precisar. Como en el caso de los motines de Aranjuez y de Toledo, no se concibe que la explosión de cólera haya sido espontánea. Otra vez se echa mano del axioma incontrovertible de la preparación, pero, esta vez, no de una preparación clandestina, sino de una preparación en mayor escala, más abierta e ideologizada, ya que, por primera vez, se recurre a los discursos orales y escritos bajo la forma de hojas volantes. También parece más cuantiosa e imponente la masa humana de maniobra, constituida principalmente, como en Aranjuez y Toledo, por campesinos, y no por proletarios urbanos: «...Desde hacía dos días, los corros eran más numerosos; parecían apuntar a una meta; boletines y proclamas recorrían el campo...».

Llamar «motín» o «rebelión» a la sublevación sirve para negarle toda legalidad y nobleza. Es imposible que salgan a la luz los nombres de Doiz y de Velarde. En cambio, a ese anonimato colectivo en que yacen sepultados los protagonistas españoles se opone, del lado francés, el ascenso a la categoría de combatientes expertos y triunfantes de cuatro oficiales de alta graduación, entre los cuales figuran Daumesnil y Grouchy. El procedimiento no es original, ya que en el transcurso o al final de los relatos de combate se suele componer una especie de «tableau d'honneur» en que pueden coexistir generales, capitanes y algún que otro soldado raso.

El balance de ese casi «non événement», de esa gran escaramuza o batalla callejera en miniatura, no está desprovisto, con todo, de interesantes consecuencias, desde el punto de vista francés. La primera es de índole militar: se trata de una victoria francesa objetiva, puesto que las bajas españolas superan cuantitativamente las francesas. La segunda es de índole policomilitar: asistimos al encumbramiento del autoproclamado vencedor, ya que «...el rey (José Napoleón) tomó en el acto la decisión de nombrar al gran duque de Berg teniente-general del reino...». La tercera es de índole política, concretándose en la carta, iracunda y rencorosa, que el rey Carlos dirigió en Bayona a su hijo Fernando, el 2 de mayo; por cierto, la escribió sin conocer los sucesos madrileños que harán memorable aquel día, pero los lectores franceses del *Journal de l'Empire* del 12 de mayo podrán pensar, equivocándose apenas, que el motín de Madrid se ha de achacar al aborrecible Fernando, duramente criticado por su padre: «...Os habéis sentado sobre mi trono, y os pusisteis a la disposición del pueblo de Madrid (...)...».

Aunque la táctica de Murat y de los periodistas franceses consistió en restar importancia militar a la sublevación madrileña, haber puesto en contacto, en el mismo número del *Journal de l'Empire*, el relato de la sublevación y la carta de Carlos IV en que confesaba con lucidez su miedo obsesivo a que unos nuevos disturbios acarrearán «...asolamiento e incendios...»

llevaría a la conclusión de que Fernando desempeñaba el papel del malo, Carlos el de comparsa ya fuera de juego, Murat el de potente «brazo armado» y el emperador el de providencial Salvador... Presentado así, el Dos de Mayo es portador en Francia de un signo positivo que hace contrastar la nimiedad del suceso militar con la enorme dimensión de las repercusiones políticas que se le atribuye mediante un hábil montaje cronológico que hace coincidir, a los ojos de los lectores desprevenidos, la (falaz) victoria militar del gran duque de Berg y las (inauditas) abdicaciones de Bayona. El montaje se cierra, lógicamente, con un breve epílogo a cargo de Murat. En efecto, en el *Moniteur Universel* del 16 de mayo, o sea, a los cuatro días de la gran secuencia periodística anterior, se puede ver cómo el gran duque expresa, con cinismo y ceguera, su convicción de que él ha conseguido una patente victoria, que abrirá un largo periodo de paz: «...*Todo está perfectamente tranquilo en España y las cosas ofrecen un aspecto inmejorable...*».

### *Los sucesos de Bayona*

Aunque los sucesos de Bayona nos alejan geográficamente de Madrid, y a pesar de que son muy conocidos gracias a varios estudios bien documentados,<sup>13</sup> es imprescindible aludir a ellos, siquiera someramente, por el doble motivo de que van a tener una enorme repercusión sobre la marcha de «l'affaire d'Espagne» y de que las autoridades parisinas han decidido dedicarles en la prensa un espacio considerable entre mediados de abril y principios de julio. Al contrario de lo que pasa con la infravaloración del Dos de Mayo, los sucesos de Bayona se convierten en el acontecimiento político-diplomático de mayor magnitud a los ojos de los lectores franceses. En junio se les ofrece la transcripción íntegra, a veces acompañada de comentarios, de muchas cartas, proclamas y discursos oficiales, amén de las descripciones detalladas y anécdotas referentes a las entrevistas y ceremonias de Bayona. En esa cuantiosa literatura, que ocupa folios enteros del *Moniteur Universel*, del *Le Publiciste* y del *Journal de Paris*, figuran en particular los discursos de los Grandes de España, de los diputados del Consejo de Castilla, del presidente de una junta cuya composición queda sin precisar, de Azanza, al lado de la proclama del nuevo rey José, de las cartas de Carlos a Fernando (2 de mayo) y de Fernando a Antonio (6 de mayo), del decreto del emperador (30 de

<sup>13</sup> En particular THIRY, Jean: *La guerre d'Espagne*. Ed. Berger-Levrault, París, 1965 (cap. VIII «Bayonne» y cap. IX «Le traité de Bayonne»). DUCÈRE, Edouard: *Napoléon à Bayonne, d'après les contemporains et des documents inédits*. E.Hourquet, Bayonne, 1897. MERCADER RIBA, 1983.

mayo) que convoca «...*la gran Junta de España...*» (llamada más lejos –signo de una vacilación en fijar su naturaleza– Asamblea de los notables), encargada de expresar deseos y críticas (que recuerdan los «cahiers de doléances») y de «...*fijar las bases de la nueva constitución...*».

Quizá menos conocido que las cartas de Carlos y Fernando que entregan la corona a Napoleón es el *Discurso de la Junta Suprema del Gobierno al Emperador* (13 de junio) que condensa el pensamiento de los futuros «afrancesados» más eminentes: marqués de Caballero, O'Farrill, Azanza, Piñuela, Arias Mon, etc. Esos diez personajes, firmantes de ese texto, solemnizan su adhesión a las extraordinarias medidas recién tomadas por el emperador y su devoción a «...*un príncipe preparado y formado para el arte de reinar en la gran escuela de S. M. I. ...*».

Al mismo tiempo esos personajes se las dan de patriotas sólo preocupados por «...*la grandeza y felicidad de su nación...*» haciéndolas depender de una estrecha unión con Francia: «...*¡Que no haya más Pirineos! Tal ha sido el deseo constante de los buenos españoles, porque no puede haber Pirineos cuando los intereses son los mismos, cuando la confianza es recíproca y cuando cada una de las dos naciones consigue, en el mismo grado, el respeto de su independencia y su dignidad...*».

Sólo en la frase anterior esos españoles dispuestos a servir a José Napoleón se atreven a sugerir entre renglones que la condición que ponen a su colaboración es la rectitud de miras de los franceses (se excluye cualquier forma de trampa o de acto tiránico) y la consecución de un tratamiento en pie de igualdad entre Francia y España (se excluye aquí el avasallamiento).

El otro grupo de datos proporcionados por la prensa se centra, al margen de la actuación de Carlos y de Fernando, ya apartados ambos del escenario político, en la elaboración de lo que en la historiografía posterior se llamará la «Constitución de Bayona», designada aquí por la expresión «Acte Constitutionnel», cuyo contenido se transcribe en el *Journal de l'Empire* del 6 de julio. Naturalmente, huelga transcribirlo y comentarlo aquí. Los puntos siguientes interesarían particularmente al público francés: «...*nunca se reunirán las coronas de España y de Francia; sólo se tolerará en España la religión católica; y unas futuras instituciones o administraciones tendrán un evidente parentesco con sus homólogas francesas, como el Senado y el Ministerio de lo Interior...*».

### *Las nuevas autoridades y el gobierno de José I*

La divulgación en Francia de la entronización indirecta –por así decir– de José I se puede fechar el 19 de junio, cuando se publica en el *Journal de*



*l'Empire el Discurso de los diputados de la Junta General Extraordinaria.* En él se avala el reciente cambio dinástico acudiendo al argumento de la intervención eficiente e incontrastable de la divina providencia, dueña absoluta de las coronas y los cetros, insólita aseveración que remite al Antiguo Régimen y al absolutismo monárquico de origen divino. Pero, a pesar de la posible contradicción que subyace en ella, la segunda afirmación en la que se pasa por alto la omnipotencia de aquel Dios intervencionista se refiere a la superioridad militar irresistible del ejército imperial, curiosamente convertido en el brazo armado de la divinidad. Por no creer en la capacidad de resistencia del pueblo, esos «josefistas» que parecen menospreciar esa realidad popular pronostican, pues, el triunfo del «...*invencible Emperador de los franceses...*». Experimentan un miedo obsesivo a los «...*funestos desórdenes que son inseparables de los motines e insurrecciones...*». De ahí se seguiría –otro término horripilante– la «anarquía» que es «...*la mayor plaga que Dios puede enviar a los pueblos...*». Cargando las tintas, se complacen en pintar el cuadro apocalíptico de una España sumida en la guerra civil –otro concepto espantoso–: «...*Después de los desórdenes, un abismo sin fondo hace abrir los ojos; ¿ Qué cosas se ven entonces? Ruinas y horrores; la vista no puede alcanzar el fondo ni las orillas de ese mar de calamidades...*».

La adhesión al nuevo poder pretende fundarse lógicamente en la constatación de que España yace en una situación catastrófica, achacada a un gobierno caprichoso, indolente e injusto. No se nombra a Godoy pero la alusión indirecta es obvia. La recuperación de España se verificará bajo la égida del emperador que «...*se ocupa de nuestra felicidad...*» y anhela ser «...*el regenerador de España...*»: otro leitmotiv y otra palabra clave en vías de sacralización que se empleará a menudo en los meses venideros. El emperador actuará a través de su hermano mayor cuya imagen se idealiza por ser el ex-rey de Nápoles un monarca virtuoso, bondadoso y experimentado. Se perfila luego la nueva política, de talante ilustrado, que emprenderá José para llevar a cabo –surge de nuevo el concepto aglutinador– «...*la regeneración que prepara para el bien de nuestra patria...*». En el marco de esa política «éclairée» y pragmática, en absoluto revolucionaria, se protegerá la propiedad privada, se fomentarán el comercio, la agricultura y la industria, y se reorganizarán la administración, el sistema hacendístico y la marina.

La entronización pública, esta vez directa y personalizada, del rey José a los ojos de los franceses se puede fechar el 20 de junio; se verifica a través de la publicación de la *Proclama de José a todos los españoles* (Bayona, 11 de junio). El rey, que por cierto no puede atribuir su inaudito encum-

bramiento a la voluntad colectiva de sus nuevos súbditos, no puede disimular que debe su corona simultáneamente a la Providencia –argumento que recogerán los afrancesados para justificar su opción– y al emperador. José cuenta con la colaboración de la «...*Junta de los diputados de las ciudades de España y otros notables de este reino...*» para «...*establecer las bases de un gobierno firme, justo y estable...*». A continuación, y en una total coincidencia con el discurso de los diputados, diseña las grandes líneas de un programa reformador. Evitando anunciar medidas contra la Iglesia que le enajenarían el apoyo del clero, se compromete a proteger la religión. Parece muy preocupado por la situación de las colonias de América amenazadas por los ingleses; opuesto a su acceó a la independencia, procurará mantener su unión con la metrópoli gracias al «...*gobierno constitucional e invariable...*» que se dispone a ofrecerles. Un mes después vuelve a surgir la figura seductora de un rey empeñado en componer la imagen de un monarca enérgico, bien intencionado y capaz.<sup>14</sup> En efecto, el discurso dirigido a todos los españoles, que pronuncia a su paso por Vitoria el 12 de julio, viene a completar su proclama de Bayona del 11 de junio. Confiere ahora al «Acte Constitutionnel de Bayonne» –llamada en adelante «Constitution»– un valor fundamental, casi de código sagrado, inspirador y garante de un reformismo de buena ley: «...*La constitución que vais a jurar observar; asegura el ejercicio de nuestra santa religión, la libertad civil y política; establece una representación nacional, da nueva vida a vuestras antiguas «cortes» mejor organizadas; instituye un senado que, viniendo a ser el garante de la libertad individual y el apoyo del trono en las circunstancias más críticas, será también el refugio honorable y la recompensa por los servicios más eminentes prestados al Estado...*». Por primera vez se alude a un fallo en la concordia y, en concreto, a una minoría de súbditos rebeldes, despreciados pero temibles, culpados de querer precipitar al país en el caos: «...*Unas pasiones ciegas, unos rumores mentirosos y las intrigas del común enemigo del continente, que sólo desea la separación de las Indias y de España, han lanzado a algunos de vosotros en la anarquía más horrible; mi corazón se desgarrar ante esa realidad; pero ese mal, por grande que sea, puede cesar en un mimuto...*». Así funciona, en tierra española y luego para los

---

<sup>14</sup> La propaganda emprendida por las autoridades josefinas ha sido estudiada en particular por SÁNCHEZ ARANDA, José Javier: «Napoleón y la prensa afrancesada en España», en *Les espagnols et Napoléon*, Etudes Hispaniques, 7, Université de Provence, Aix-en-Provence, 1984, pp. 85-100, y «La *Gazeta oficial de Navarra*, ejemplo de periódico afrancesado», en *Príncipe de Viana*, 176, 1985, pp.817-836; LÓPEZ TABAR, Juan: «Los medios de captación del régimen josefino – La propaganda afrancesada», en *La revolución liberal*, Ediciones del Orto, Alberto Gil Novales (ed.), Madrid, 2001, pp.27-45.

franceses, la propaganda elaborada por José I, tendente a hacerle bienquisto de sus súbditos, a tranquilizar a «la parte sana» de la nación, es decir, a la gente inteligente, poseedora de bienes, deseosa de reformas y amedrentada por los desmanes de la plebe. Como es sabido, algunos puntos anunciadores de reformas, tocados por José en Bayona, serán retomados por el emperador en su proclama a los españoles, redactada en Chamartín, varios meses después, el 7 de diciembre. Allí Napoleón volverá a conferirse a sí mismo el papel de «regenerador» y hará de la Constitución de Bayona la piedra angular de la reforma político-institucional anunciada: «... *Una constitución liberal os da, en lugar de una monarquía absoluta, una monarquía templada y constitucional. Sólo depende de vos que esa constitución siga siendo vuestra ley...*».

### *Los afrancesados*

Para llevar a cabo su obra reformadora,<sup>15</sup> el rey José piensa poder contar con la colaboración sincera y enérgica de españoles que abrigan sentimientos de patriotismo, admiración hacia Napoleón, odio hacia Inglaterra y recelo hacia el populacho, máxime si da en la rebeldía y la agitación callejera. Estos son los primeros componentes del perfil ideológico de los notables que, por propia voluntad o a regañadientes, han acudido a Bayona y aceptado el cambio dinástico. Manifiestan las mismas disposiciones los miembros de las diputaciones –corregidores, magistrados, eclesiásticos...– que entre la frontera y Madrid, a lo largo del camino que recorre José, hacen acto de sumisión ante él. A finales de junio el *Journal de l'Empire* transcribe la carta, auténtica o inventada, del primer afrancesado eminente, ajeno a los que han ido a Bayona, como para dar la impresión de que también existen amigos de los franceses en el corazón del país, Se trata del obispo de Palencia que, dirigiéndose al general Lasalle, se honra de «... *predicar a su pueblo la paz, la tranquilidad y la obdencia a nuestro soberano...*»; el redactor del *Journal de l'Empire*, en una post-data, asegura que esas buenas palabras no han caído en oídos sordos, ya que «... *el pueblo extraviado se ha*

<sup>15</sup> Sobre el rey José y los afrancesados la bibliografía es tan cuantiosa (Cf. los trabajos de M. Artola, G. Dufour, etc) que me contentaré con señalar, por el doble motivo de su excelencia y de la fecha reciente de su publicación, un estudio profundizado y, por otra parte, una síntesis clara: LÓPEZ TABAR, Juan: *Los famosos traidores – Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2001, y los apartados «Les afrancesados» y «La monarchie josphine» en HOCQUELLET, Richard: *Résistance et révolution durant l'occupation napoléonienne en Espagne, 1808-1812*. Editions La Boutique de l'Histoire, París, 2001, pp.41-64.

*convertido en un rebaño sumiso y arrepentido...». Gracias a la intervención similar del obispo de Valladolid, sucedió lo mismo en esa ciudad.*

La primera exposición, densa y ordenada, del pensamiento de los afrancesados, a mediados de 1808, se ha de atribuir a «...S. M. d'Azanza, presidente de la Junta de Bayona...»; en el *Journal de l'Empire* de junio se publica «in extenso» el discurso que pronunció ante «...la respetable asamblea de los diputados...». A tono con textos posteriores de josefistas, el primer tema que sale es la afirmación de un exaltado patriotismo que consiste en «...contribuir a la felicidad de la patria, trabajando en pro del bien de la generación presente y de la posteridad...». Viene luego la expresión, probablemente impuesta por el protocolo, de una admiración rayana en idolatría hacia «...el invencible Napoleón, héroe de nuestro siglo, hombre extraordinario que nos devuelve una patria que habíamos perdido, y regenerador de la misma...».

En el retrato encomiástico de su «augusto hermano» (Joseph Napoléon) se pone el énfasis, aunque sin exaltación sentimental, en sus virtudes y dotes intelectuales que no le convierten en hombre extraordinario, pero sí en un monarca portador de esperanzas y capaz de colmar el anhelo de paz civil, armonía social y unidad nacional, desbaratando «...los prejuicios de provincias, clases y estados...». En esa expresión se transparenta esa pujante obsesión –ya apuntada– de la anarquía, de la guerra entre ricos y pobres y de la quiebra institucional de la unidad de la nación. De ahí la necesidad de una constitución que preserve «...la universalidad de la nación...» y evite que las provincias se hagan rivales. La urgencia de una terapéutica moderna y eficaz, pero no trastornadora, se deriva del análisis de la situación dramática de España, de su «estado crítico». Aplicada al tiempo largo de la Historia, la metáfora del abismo ilustra el concepto de vertiginosa decadencia político-económica que acerca a la actualidad, después del esplendor de los siglos XV y XVI. En el dominio institucional dominan más bien las ideas de decrepitud, arcaísmo e inmovilismo, con la imagen del «...edificio gótico y complicado de nuestro gobierno anterior...». Pero, al aproximarse a los tiempos recientes, Azanza, excluyendo todo derroche de ira o resentimiento, prefiere conservar cierta imprecisión, aunque es fácil descifrar la alusión final a Carlos IV y Godoy: «...Desde hacía siglos, vivíamos enteramente separados del gobierno, que estaba en manos, ya sea de unos hombres arteros que sólo se empeñaban en subyugar al pueblo con ardidés, ya sea de unos soberanos débiles y sin carácter fuerte, para quienes reinar no era más que entregarse a los placeres, abandonando el cetro a sus privados...».

El hábil y elocuente Azanza habrá persuadido a los partidarios franceses de Napoleón de que el nuevo rey de España podía disponer del apoyo

firme y fundamental de toda la porción ilustrada, es decir razonable y moderada, de la población, con el predominio de los individuos con títulos nobiliarios, cargos civiles o eclesiásticos, o fortuna. Más que exaltados y encandilados «napoleonófilos» o entusiastas «josefistas», esos españoles son lo contrario de conservadores o de adictos al Antiguo Régimen. Anhelan reformas que no esperan más de la dinastía de esos Borbones ya incapaces de enmendarse. Lo esperan todo del que se ha autoproclamado su «regenerador» y que les ofrecerá a principios de diciembre –recordémoslo– «...una monarquía templada y constitucional...». Desde ese punto de vista, su voluntad reformadora hace de ellos unos liberales, aunque parecen reacios al empleo de ese término.

### *Los rebeldes o insurrectos*

Para no incidir en una contradicción al calibrar la fuerza respectiva de los partidarios del cambio dinástico y de los adictos a Fernando, la prensa imperial, hasta el otoño de 1808, resta importancia y significación a los movimientos colectivos que en España revelan reacciones de inquietud o de descontento, fomentadas por los acontecimientos de Bayona o por el comportamiento vituperable de las tropas francesas que, en lugar de caminar directamente hacia Portugal, ocupan ciudades españolas y se instalan en la capital. Sin embargo, ya a través del relato del motín madrileño del 2 de mayo, y luego a través del comentario del discurso de Azanza, se está desdibujando la fisonomía de una oposición colectiva que, en lugar de cejar, da la impresión de ir en aumento.<sup>16</sup> Aunque estallaron motines callejeros en ciudades (Toledo, Madrid, Valladolid, Palencia...), el cuerpo activo de la resistencia parece más bien rural que urbano, plasmándose en esas «reuniones de campesinos» que obedecen a órdenes lanzadas por jefes que no han salido todavía de la clandestinidad. A esos pelagatos fácilmente manipulados Azanza les niega patriotismo, cordura y cualquiera buena intención. Les dirigen unos misteriosos individuos sobornados (probablemente por los ingleses), codiciosos y desprovistos de miras altruistas y nobles. La actuación, ciega y desatinada, de esos palurdos, que serán más bien jornaleros que labradores, no puede llevar, según Azanza, sino a «...la ruina y la deso-

<sup>16</sup> Sobre los inicios de la resistencia patriótica se han acumulado los estudios; me contentaré, pues, como para los afrancesados, con señalar dos botones de muestra: ENCISO RECIO, 1992, capítulo 2, y el apartado «La mobilisation populaire contre les Français», en HOCQUELLET, 2001, pp.65-96.

lación...» del país. A lo largo del año 8, los artículos periodísticos no fortalecen la impresión –sería hartamente inquietante– de que va adquiriendo cohesión y teniendo una finalidad clara una resistencia popular, armada o no, ubicada en el medio rural. O sea que no emerge todavía el concepto de guerrilla, realidad militar que, en los años posteriores y aún más al final del conflicto, despertará en Francia un interés vivísimo y adquirirá una importancia relevante en opinión de los testigos y comentaristas. Apenas se emplea el término «insurgés» (insurrectos) y, cuando se da el caso como en el *Journal de Paris* del 18 de septiembre, en lugar de sugerir la cohesión de los grupos y el sistematismo de la táctica, se insiste en esa anarquía que tanto inspira el miedo y la aversión entre los amigos de los franceses: «...*La mayor división reina entre los insurrectos (...). Aquí mandan unos militares, allí jueces, en otras partes monjes, más lejos artesanos. Cada cual quiere mandar. Se obedece mal. Es el caos, es la anarquía más completa...*».

A excepción de la mención escueta de algunos individuos intrigantes o sobornados por los ingleses, se diría que la insurrección, de índole popular o infrapopular, carece de «cabezas pensantes», o sea, de líderes y de objetivos. Los líderes naturales del pueblo podrían ser los grandes o los nobles, pero, tales como los evoca el senador Lacépède (el famoso naturalista), ¡han sido aniquilados por los rebeldes!: «...¿*Dónde están ahora en España los descendientes de esos valientes castellanos que han sido objeto de admiración en el mundo?...*». Cae la respuesta, despreciativa para los españoles y alentadora para los secuaces de Napoleón: «...*(Están en la tumba adonde les ha precipitado el hacha de los insurrectos, mandada por los ingleses...*».

En el segundo semestre del año 8 se empieza a acudir al tópico globalizador de los monjes fanáticos para dejar presentir que el bajo pueblo podría ser instrumentalizado por esa ralea. Esa hipótesis se desprende del *Relato de los sucesos de España* publicado en el *Moniteur Universel* del 5 de septiembre: «...*Los monjes, casi todos sin instrucción y fanáticos hasta el sumo grado, ejercen una influencia potente sobre las clases inferiores del pueblo, que viven en una ignorancia más profunda en España que en cualquier otro país (...)*...». Pero dista mucho de perfilarse la realidad de las «cruzadas» y de las partidas de guerrilleros encabezadas por algún monje, canónigo o párroco.<sup>17</sup> El largo sitio de Zaragoza, relatado de manera pormenorizada en cuanto a las peripecias estrictamente militares, podía haber dado pie a la evocación del comportamiento activo de la población civil involucrada en la

<sup>17</sup> PASCUAL, Pedro: «Frailes guerrilleros en la Guerra de la Independencia», en *La Guerra de la Independencia – Estudios*, José A. Armillas Vicente (coord.), Ministerio de Educación, Cultura y Deporte / Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2001, t.II, pp.775-797.

contienda. Pero la presencia eficaz de esa masa humana hubiera revelado su exaltado patriotismo y su vehemente galofobia; por ello, se silencia.

*La guerra «a la antigua usanza»*

Tanto Napoleón como su estado mayor habían considerado, antes de lanzar las tropas en la campaña de España, que ésta se parecería a la de Italia o a la de Prusia, en el sentido de que se iban a enfrentar ejércitos regulares, sin que interviniera la población civil de forma directa (la guerrilla) o indirecta (suministro de una ayuda material). Aun después de Bailén,<sup>18</sup> los articulistas siguen confrontando, para sacar de ahí conclusiones alentadoras, las cifras con que se calibran los efectivos humanos, el armamento y la experiencia de los ejércitos antagónicos. En el otoño, a pesar de Bailén, los pronósticos siguen siendo optimistas, fundándose en la única toma en consideración de las evaluaciones cuantificadas: para los franceses, unos doscientos mil soldados; para los españoles, entre ciento ochenta mil y ciento noventa y cinco mil; pero sin que se llegue nunca a una inquietante igualdad numérica.

La opinión que a los redactores del *Moniteur Universel* les merece el ejército español es invariablemente afrentosa, sin que la imprevisible derrota de Dupont haga mella en el tópico de la mediocridad congénita de la tropa española: «...*En verdad, y sin desmentir el valor de nuestros soldados, se ha de decir que no hay peores tropas que las tropas españolas; como las árabes, pueden resistir detrás de las casas; pero no tienen ninguna disciplina, ningún conocimiento de las maniobras, y les es imposible hacer frente en un campo de batalla. Hasta las montañas les han ofrecido sólo una débil protección. Pero gracias a la potencia de la Inquisición, a la influencia de los monjes y a su habilidad para apoderarse de todas las plumas y hacer hablar todos los idiomas, se sigue creyendo, en una gran parte de España, que Blake ha sido el vencedor y que la guardia imperial ha sido cogida...*» (*Moniteur Universel* del 4 de diciembre de 1808).

---

<sup>18</sup> Sobre Bailén: *La batalla de Bailén*. Actas de las primeras jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea, Universidad de Jaén / Excmo Ayuntamiento de Bailén, 1999. *Bailén y la guerra contra Napoleón en Andalucía*. Actas de las segundas jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea, Universidad de Jaén / Excmo Ayuntamiento de Bailén / Junta de Andalucía, 2001. *La guerra de Independencia (1808-1814) – Perspectivas desde Europa*. Actas de las terceras jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea, Excmo Ayuntamiento de Bailén / Universidad de Jaén, 2002.

Con ese procedimiento, el *Moniteur Universel* intenta desbaratar los anuncios o rumores de fracasos de las tropas francesas en España. Vamos a ver cómo se prepara a la opinión pública para recibir sin demasiado pasmo la noticia asombrosa de la capitulación de Dupont en Bailén, el 22 de julio. Se tratará de prescindir, en la medida de lo posible, de los términos «derrota» y «capitulación», incluso del mismo topónimo «Bailén», para que no se grabe en las memorias.

Se lee en el *Journal de l'Empire* del 2 de agosto, o sea, a los diez días del acontecimiento: «...Desde hace algún tiempo circula toda clase de rumores relativos a España y Portugal. Se ha supuesto que los ingleses habían conseguido algunos éxitos en esos dos reinos, pero la incertidumbre y las contradicciones que reinan en esos rumores debían haber bastado para revelar su falsedad...».

A no ser que mi escrutinio de la prensa haya sido imperfectamente exhaustivo, no creo que en las semanas posteriores al anuncio de esos rumores se haya relatado, con un mínimo de detalles precisos, el asombroso descalabro sufrido por el ejército imperial, no ante un ejército británico, sino, para mayor «inri», ante un ejército español en parte constituido por combatientes improvisados.<sup>19</sup> Sólo en el *Moniteur Universel* del 5 de septiembre, es decir, más de dos meses después de la batalla, se toca de paso, en medio de unas prolijas consideraciones sobre los sucesos españoles (Aranjuez, Zaragoza...), el tema peliagudo de la vergonzosa capitulación de Dupont, culpado de haber cometido varias faltas imperdonables, en particular «...no haber sabido mostrar valor civil (sic) y destreza en las negociaciones...». De la batalla campal casi no se habla. Al fin y al cabo, ni siquiera es batalla con vencedores (sin nombrar) y vencidos (sólo nombrado Dupont).

Habrá que esperar un semestre aproximadamente, a partir de la sublevación del 2 de mayo madrileña, para que el ejército regular español, en lugar de seguir siendo en la prensa francesa una masa borrosa e inasequible, llegue a adquirir una imagen propia mediante la personalización contrastada de sus jefes. El 10 de octubre, un redactor del *Journal de Paris*, fundándose en los relatos de viajeros que vuelven de España, compone el retrato esquemático de «...los principales jefes de los insurrectos...»: el más influyente es «D.Castannos», auxiliado por el suizo Reding; el más notable («remarquable» en francés) –inesperado homenaje, pero único– es Gregorio

---

<sup>19</sup> Cf. el excelente escrutinio del malogrado HARO MALPESA, Jesús de: «El impacto de la batalla de Bailén en Francia – La historiografía francesa», en *La batalla de Bailén*, Actas de las primeras jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea, Universidad de Jaén / Excmo Ayuntamiento de Bailén, 1999, pp.155-201.



de la Cuesta; el más impopular, Palafox; y el más odiado, por los desbordamientos de crueldad que toleró en Valencia, Caro. Es imposible prescindir de esa especie de clave explicativa universal, la tiranía monjil: «...*Esos diferentes generales, divididos entre ellos y no teniendo bastante talento ni bastante nombradía para luchar contra la anarquía, ostentan menos autoridad sobre las muchedumbres que los monjes ignorantes...*».

En contraste llamativo con la pobreza y la tergiversación de los datos referidos al desastre de Bailén, los *Boletines del Ejército de España*, a partir del primero de ellos (Vitoria, 8 de noviembre), dedican amplios espacios a los relatos, detallados y comentados, de los éxitos militares conseguidos por las tropas imperiales, constantemente impetuosas y diestras. Esa enfatización, a veces exaltada, de sus repetidas victorias hace descollar, en esa «epopeización» en ciernes de la guerra de España, unos cuantos episodios que son sucesivamente la batalla de Medina de Rioseco, la conquista de los altos de Somosierra,<sup>20</sup> y la ocupación de la capital por el emperador.

Sería factible elaborar una sucinta tipología de esos *Boletines del Ejército de España* que ilustran las direcciones y los instrumentos de la propaganda que obra en ellos. Las líneas rectoras me parecen ser las siguientes: sólo cuentan realmente las batallas campales y los sitios de las ciudades (Zaragoza y Rosas); se hace un cómputo, aparentemente minucioso, de los muertos de cada lado, de las armas y de las banderas cogidas; se juzga con la acostumbrada severidad despreciativa el comportamiento de los soldados regulares españoles; se destaca la destreza o el heroísmo de los altos mandos franceses (duque de Bellune, duque de Dalmacia, Bessières, Gouvion-Saint-Cyr...) y –detalle algo sorprendente– se mencionan a veces las condiciones meteorológicas que, en contra de lo que cabía esperar, parecen redundar en beneficio de los franceses. Se lee así en el 9º Boletín, escrito en Aranda de Duero, el 23 de noviembre: «...*El tiempo es húmedo; una niebla espesa reina desde hace tres días; esta estación es más desfavorable para los naturales que para los hombres acostumbrados a los climas del norte...*».

Sólo en épocas posteriores se les ocurrirá a los redactores achacar a la canícula, al cierzo o a las lluvias torrenciales, etc., alguna responsabilidad en las insuperables dificultades con que se enfrentan los soldados en el inhóspito continente ibérico.

---

<sup>20</sup> AYMES, Jean-René: «La batalla de Somosierra en Francia – La inmediata versión oficial», en *El campo de batalla de Somosierra (30 – XI – 1808)*, Francisco Javier Pastor Muñoz y María Jesús Adán Poza (coord.), serie de la Consejería de las Artes nº10, Comunidad de Madrid, 2001, pp.121-125

*La guerrilla*

A lo largo del año 8, aunque se mencionan los «rassemblements de paysans insurgés» que desempeñaron un papel decisivo en Aranjuez y en Madrid, los redactores desconocen –o fingen desconocer– la estructuración en partidas de esos paisanos convertidos en guerrilleros y el ascenso de algunos a la categoría de cabecillas. El mismo día en que se ofrece a los lectores del *Moniteur Universel* la *Relación de los sucesos de España*, entre los que viene la alusión a Bailén, la opinión que suscitan esas «reuniones de insurrectos» es sumamente despectiva: «...*Se defienden detrás de una pared, una casa; pero no resisten nunca en el campo llano, y basta un escuadrón o un batallón para dispersar a varios miles...*».

En varias ocasiones, a lo largo del otoño de 1808, la mención de los enfrentamientos entre los soldados franceses y los «grupos de campesinos» catalanes o castellanos concluye en general con la alentadora noticia de que han sido dispersados, término que –como es sabido– se aplica a una táctica intencionadamente elegida por los cabecillas cada vez que se hallan en una situación de inferioridad. Pero de momento la propaganda francesa da por incompatible el comportamiento anárquico de esos paisanos insurrectos y la puesta en obra, hábil y reflexiva, de una táctica guerrillera.

Sólo en el otoño, un artículo, que pudo pasar más o menos desapercibido por ser más anecdótico que sugerente, desvela sin embargo que la guerrilla empieza a ser menos caótica y menos infrapopular de lo que se solía afirmar. En efecto, cerca de Haro, el general Lasalle «...*ha desbaratado a tres o cuatro mil insurrectos que habían tomado el nombre ridículo de literarios...*» (*Journal de Paris* del 2 de noviembre). Algunas semanas después se perfila la doble realidad –una conocida, otra extraña– de una guerrilla socialmente selecta (la de los estudiantes) y de otra, campesina, inspirada por la religión y fomentada por el clero regular y secular, puesto que en los bolsillos de los insurrectos muertos en la comarca burgalesa se han descubierto papeles que mencionaban «las compañías de Brutus y las compañías del Popolo» (sic): «...*eran compañías de «estudiantes de escuelas», otras llevaban nombres de santos; era la insurrección de los campesinos...*» (*Journal de Paris* del 20 de noviembre). Se habrá advertido de paso la aparición del término «compagnies» que, sustituyendo a «rassemblements», revela que la guerrilla se está regularizando y dignificando –por así decir–, lo que, a los ojos de los mandos napoleónicos, le haría acreedora a una mayor consideración.

El examen de la prensa imperial en tanto que soporte «mediático» para la narración e interpretación de la intervención francesa en España nos ha

situado ante una operación de sistemática y grosera «desinformación» –por emplear un término actual–, cuyos ingredientes, escasamente novedosos en sí, se llaman ocultación, falsificación, exageración, atenuación, etc. En el caso preciso de «l'affaire d'Espagne», se trata de presentar el asunto de manera exclusivamente optimista, desarrollando una serie de (supuestas) certidumbres entre las cuales se reitera la idea de que se irá afianzando la autoridad del recién entronizado rey y de que el ejército imperial triunfará de tres ejércitos regulares: el inglés, el español y el portugués. El anuncio de la capitulación de Bailén constituye, en un armonioso concierto de afirmaciones y de credos estimulantes para la opinión pública, la única, aunque grave, nota disonante.

Los lectores difícilmente podían adivinar otras realidades quizá aún más graves que la derrota afrentosa de Bailén. Se trata de errores de bulto que proceden, bien del desconocimiento del mundo español, o de una equivocación radical en los pronósticos formulados por las altas autoridades parisinas. En particular, parece extraño que esas autoridades, sabedoras de la impresionante energía desplegada por «la nación en armas» en la Francia de la revolución, no hayan imaginado que el pueblo español, movido por su apego a Fernando, al territorio patrio y a la religión, fuera capaz de oponer una resistencia vigorosa a un aliado convertido en pérfido enemigo (Napoleón) y a unos amigos (los franceses) igualmente convertidos en traidores.

Los informes procedentes de Madrid, Burgos, Barcelona... no podían dejar de imaginar que la acogida, supuestamente entusiasta y masiva, reservada en esas ciudades a José y a las tropas imperiales en la primavera y el verano de 1808 no era más que la expresión –espontánea, o calculada, o forzada– de una minoría de españoles tildados más tarde, por los «insurrectos», de «afrancesados» o de «hijos espurios de España».

Hacía falta que los lectores del *Moniteur Universel* y del *Journal de l'Empire* fueran extraordinariamente sagaces para llegar a detectar, a través de esa literatura sesgada y minuciosamente depurada, algunos indicios de dificultades o de fracasos. Sólo varios años después, cuando ya se cierna un desenlace fatal a raíz de las derrotas de los Arapiles y de Vitoria, los lectores podrán parar mientes retrospectivamente en algunos detalles nimios que en 1808 no entrañaban ninguna significación profunda. Me refiero, por ejemplo, a los gritos entusiastas de ¡Viva Fernando! que sonaban en las calles de varias ciudades en la primavera de 1808, o a la mención de esas misteriosas agrupaciones de campesinos levantiscos, o a la evocación de esos monjes capaces de arrastrar tras de sí a los fieles. Esos datos desperdigados en las *Noticias de España*, no acompañados de comentarios, no puestos de relieve, eran insuficientes para que los lectores les concedieran una

importancia relevante y para que prefiguraran una resistencia popular indomable y, finalmente, triunfante. Sin embargo, por poco que esos lectores se pusieran a reflexionar, a sabiendas de que los redactores propagandistas se las ingeniaban para ocultarles toda la verdad, no podía pasárseles desapercibido el mal sesgo que tomaban los asuntos españoles entre mayo (a pesar del informe optimista de Murat después del levantamiento madrileño) y septiembre (con el anuncio de la capitulación de Dupont en Bailén). Pero, contradictoriamente, cuando finaliza el año 8, el balance, desde el punto de vista francés, parece más equilibrado de lo que solemos considerarlo hoy en día. Lo negativo del balance, tal como lo expone la prensa, consiste, desde luego, en las profundas y perdurables repercusiones de la derrota de Bailén, también en el fracaso de los sitiadores en Zaragoza (mediados de agosto) y, por fin, en el anuncio –según seudonoticias inglesas– de que los criollos de América se niegan a reconocer a Fernando, a la Junta Central y a José Napoleón, exigiendo la independencia de esos territorios. O sea que el verano y –en menor medida– el otoño han sido más bien aciagos para los franceses.

Pero en el otro platillo de la balanza se han de poner noticias sumamente faustas, como son la rendición de la fortaleza de Rosas, la capitulación de Madrid, la llegada del emperador a la capital, el inicio de su obra de «regeneración», el descrédito de la Junta Central (*Moniteur Universel* del 26 de diciembre) y –según una noticia atribuida a los ingleses– «...*la imposibilidad de hacer nuevas levadas en España capaces de contrarrestar el choque de las tropas francesas...*», y por fin la grata (e increíble) noticia de que, en esos últimos días del año, «...*Madrid goza de una perfecta tranquilidad, dedicándose cada vecino a sus faenas particulares, como en medio de la paz...*». De ser así, «les affaires d’Espagne» irían todavía por buen camino, sólo que ese camino estaba mucho menos despejado de lo que se había afirmado a principios de la primavera...

## BIBLIOGRAFÍA

- AYMES, Jean-René: «La batalla de Somosierra en Francia – La inmediata versión oficial», en *El campo de batalla de Somosierra (30 – XI – 1808)*, Francisco Javier Pastor Muñoz y María Jesús Adán Poza (coord.), serie de la Consejería de las Artes n°10, Comunidad de Madrid, 2001.
- CABANIS, André: *La presse sous le Consulat et l'Empire (1799-1814)*. Société des Etudes Robespierriéristes, Paris, 1975.
- DÍAZ PLAJA, Fernando: *Dos de Mayo de 1808*. Espasa, Madrid, 1996.
- DUCÉRE, Edouard: *Napoléon à Bayonne, d'après les contemporains et des documents inédits*. E.Hourquet, Bayonne, 1897.
- ENCISO RECIO, Luis Miguel (ed.): *El Dos de Mayo y sus Precedentes (Actas del Congreso Internacional, Madrid, 20-22 de Mayo de 1992)*. Madrid, Capital Europea de la Cultura, 1992.
- FUGIER, André: *Napoléon et l'Espagne, 1799-1808*. Librairie Félix Alcan, Paris, 1930, 2 vol.
- GODECHOT (Coronel): *Les Espagnols du marquis de La Romana*. Paris, 1924.
- HARO MALPESA, Jesús de: «El impacto de la batalla de Bailén en Francia – La historiografía francesa», en *La batalla de Bailén*, Actas de las primeras jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea, Universidad de Jaén / Excmo Ayuntamiento de Bailén, 1999.
- HOCQUELLET, Richard: *Résistance et révolution durant l'occupation napoléonienne en Espagne, 1808-1812*. Editions La Boutique de l'Histoire, Paris, 2001.
- IZQUIERDO HERNÁNDEZ, Manuel: *Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1963.
- LA PARRA, E.: *Manuel Godoy – La aventura del poder*. «Tiempo de Memoria», Tusquets Editores, Barcelona, 2002.
- LÓPEZ TABAR, Juan: «Los medios de captación del régimen josefino – La propaganda afrancesada», en *La revolución liberal*, Ediciones del Orto, Alberto Gil Novales (ed.), Madrid, 2001.
- IBÍDEM: *Los famosos traidores – Los afrancesados durante la crisis del Antiguo Régimen (1808-1833)*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.
- MERCADER RIBA, Juan: *José Bonaparte, rey de España (1808-1813) – Estructura del estado español bonapartista*. C.S.I.C., Madrid, 1983.
- MONTÓN, Juan Carlos: *La revolución armada del dos de mayo en Madrid*. Ediciones Istmo, Madrid, 1983.
- PASCUAL, Pedro: «Frailes guerrilleros en la Guerra de la Independencia»,

- en *La Guerra de la Independencia – Estudios*, José A. Armillas Vicente (coord.), Ministerio de Educación, Cultura y Deporte / Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2001.
- ROURA I ALULINAS, Lluís: «Un estado muerto, pero una sociedad llena de vida – Napoleón y la diversidad española», en *La Revolución liberal*, Congreso sobre la revolución liberal española en su diversidad peninsular (e insular) y americana, Madrid, abril de 1999, Alberto Gil Novales ed., Ediciones del Orto, Madrid, 2001.
- SÁNCHEZ ARANDA, José Javier: «Napoleón y la prensa afrancesada en España», en *Les espagnols et Napoléon*, Etudes Hispaniques, 7, Université de Provence, Aix-en-Provence, 1984.
- SOLANO RODRÍGUEZ, Remedios: «La Guerra de la Independencia española a través de *Le Moniteur Universel* (1808-1814)», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Epoque Contemporaine, Madrid, 1995.
- THIRY, Jean: *La guerre d'Espagne*. Ed. Berger-Levrault, Paris, 1965.
- TORENO, conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. B. A. E., Madrid, 1953.
- Recueil des bulletins de l'Armée d'Espagne, extrait du Journal Officiel*. De l'imprimerie de H. Agasse, A Paris, 1808.
- La batalla de Bailén*. Actas de las primeras jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea, Universidad de Jaén / Excmo Ayuntamiento de Bailén, 1999.
- Bailén y la guerra contra Napoleón en Andalucía*. Actas de las segundas jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea, Universidad de Jaén / Excmo Ayuntamiento de Bailén / Junta de Andalucía, 2001.
- La guerra de Independencia (1808-1814) – Perspectivas desde Europa*. Actas de las terceras jornadas sobre la batalla de Bailén y la España contemporánea, Excmo Ayuntamiento de Bailén / Universidad de Jaén, 2002.
- La Gaceta de Madrid*.
- La Gazeta Oficial de Navarra*.
- Le Journal de l'Empire*.
- Le Journal de Paris*.
- Le Moniteur Universel*.
- Le Publiciste*.